

EL TALISMAN PERDIDO

Una vara de virtudes
tuve yo.
Yo tenía un talismán
mágico.
Era amuleto
y piedra filosofal.
Cuanto mi vara tocaba
irradiaba claridad
de poesía.
¡Yo tenía un talismán!

No era magnética gema
de Ocultismo
Ningún mago me lo dió.
Tampoco era sabia ofrenda
de un doctor
que supiera de la Alquimia
y de la Magia.
Fué mi Dios
misericordioso y bueno
quien de él me hizo donación.
¡Ay, talismán que yo tuve!
¡Talismán que tuve yo!

¡Qué bella vida vivía
con él!
La prosaica faz
de las cosas,
transmutaba
en oro
su mezquina calidad.
El mundo en torno,
—árbol, casa, viento, nube,
y la linfa de cristal
del arroyuelo, que canta
su canción de eternidad—,
era dulce
y bello
como en un cuento oriental.

¡Ya no lo tengo!
Caminando
por los senderos del vivir,
—siempre anda que te anda—
lo perdí.
Ya todo es triste
y duro, y torvo
desde que el cuervo del dolor
—surgiendo de las injusticias—
ha hecho nido en mi corazón.
Ya nada tiene la transparencia
ni la dulzura
del ayer.
Fugaz tesoro encantador,
¿te fuiste para no volver?

¿Que cuál era mi talismán?
Tú también
lo tuviste
y un mal día lo perdiste
como yo.
Mi talismán
no era obra de Nigromancia;
fué dulce gracia sin aliño.
Era... ¡sentirme niño
en el mundo dichoso en que vive
[la infancia!

Una vara de virtudes
tuve yo.
Yo tenía un talismán
mágico.
Era amuleto
y piedra filosofal.
Cuanto mi vara tocaba
irradiaba claridad
de poesía.
¡Yo tenía un talismán!...

ADOLFO MAILLO

LA ULTIMA CORRIDA

(CUENTO)

S ON las cinco de la madrugada. Junio. Extremadura.
Abandonándose, indolente, sobre un amplio diván, Mercedes,
la gentil condesita de X.. contempla a través de la enorme cristalera
de su elegante «boudoir» la delicada fiesta de colores suaves que es
este amanecer maravilloso...

Veintiún años. Blanca y rubia; flexible, espléndida escultura de
mujer moderna y extremeña. Las pupilas de sus ojos verdes efluvian
la luz como en ondas intermitentes; luz fría y enigmática a veces,
a veces apasionada y dulce, opaca a ratos, como tras una tenue
humedad de llanto...

Suspira. Cierra los ojos con fuerza, deslumbrada acaso por las
refulgencias que va encendiendo el sol en el horizonte lejano... Lue-
go entona a media voz una canción flamenca:

«Copla que sales del alma
y vas sola por el aire,
¿por qué cantas en la noche,
si no ha de escucharte nadie?».

Una voz de hombre vibra en la estancia.
—¡Olé!—Mercedes salta del diván.
—¿Tú, Enrique?
—Yo.—Frente a frente, se miran largamente a los ojos, mientras
las manos, trémulas, se buscan y se entrelazan inconscientes. Enri-
que es un hombre de unos veintiocho años, fuerte, seguro de sí mis-
mo. Apostura y contorno de verdadero aristócrata sin afectación.
Ahora, por las pupilas de Mercedes cruza una ráfaga de luz fría.
—Claro... Así, sin una mala carta.
—¿Y para qué quieres las cartas? ¿No vengo yo mismo?
—¡Quita!... ¡Témpano! ¡Inglés!
—Inglés nacido en Triana y acristianado en la parroquia del Sal-
vador.
—Sí... Criado en Londres y mal educado en Cambridge...
—Sigue, niña... Y que tomó la alternativa de «toreador» en Cór-
doba y, hoy por hoy, es el amo de los ruedos, aunque me esté mal
el decirlo. (Enciende un pitillo)—¿Y tu padre?
—Estará levantándose. Te esperaba ayer.
—¡Hija de mi vida! (Derrumbándose sobre un sillón)—Me caigo
a chorros de sueño.
—Figúrate, la noche éntera al volante.